

Filosofía

Arte / Literatura

Antropología

Ciencia / Medicina

Derecho / Política

Clásicos / Biografías

Economía / Sociología

Psicología / Psicoanálisis

Geografía / Historia

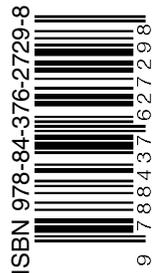
Cine / Comunicación

Educación

Teoría feminista

Lingüística

0164110



La nueva Ariadna del siglo XXI es hija del feminismo y de la ecología. Ya no se limita a esperar que actúe el héroe, colaborando discretamente en un segundo plano. Es también una protagonista del cambio. Ya no admira al que mata al «Otro», sino que libera al monstruo, reconociendo su parentesco con lo humano. Entra en el laberinto del mundo junto con Teseo para transformar la cultura en los tiempos del cambio climático.

La evidente irracionalidad del complejo económico-tecnocientífico globalizado que conduce a la catástrofe ecológica y ahonda las injusticias sociales, así como el avance de integristas religiosos de diverso signo que buscan reforzar el dualismo «Hombre»/Naturaleza, no nos pueden ser indiferentes. En el convencimiento de que la teoría feminista ha de pensar los problemas de nuestra época, entre los que ocupa un lugar central el deterioro ecológico, este libro propone un *ecofeminismo crítico* que defiende la libertad, la igualdad y la sostenibilidad y es ajeno a cualquier esencialismo bipolarizador de los sexos.

CÁTEDRA

PUBLICACIONES UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE SANIDAD, POLÍTICA SOCIAL E IGUALDAD



SECRETARÍA DE ESTADO DE IGUALDAD INSTITUTO DE LA MUJER



ECOFEMINISMO PARA OTRO MUNDO POSIBLE

Alicia H. Puleo



ECOFEMINISMO PARA OTRO MUNDO POSIBLE

Alicia H. Puleo

FEMINISMOS



INTRODUCCIÓN

¿Víctimas o protagonistas ético-políticas?

Según el mito griego, el rey Minos de Creta, tras vencer a la ciudad de Atenas en una guerra, le impuso la obligación de entregar periódicamente catorce jóvenes de ambos sexos para alimentar al Minotauro, hijo monstruoso de los amores de su esposa con un toro. Las víctimas encontraban la muerte en un laberinto donde el rey había encerrado a ese extraño y salvaje ser. Después de años de acatamiento ateniense, el joven Teseo decidió arriesgarse para liberar a sus compatriotas de tan horrible tributo. Se ofreció voluntario para integrar el grupo de jóvenes elegidos para el sacrificio. Cuando llegó a Creta, Ariadna, hija del rey, quedó impresionada por su valentía y, sin que nadie lo advirtiera, le entregó un ovillo para que pudiera guiarse con el hilo en el laberinto, matar al Minotauro y retornar victorioso. De esta manera, la criatura híbrida, mitad toro, mitad hombre, fue vencida. Teseo obtuvo el triunfo gracias a la secreta colaboración de Ariadna.

Los mitos antiguos han sido interpretados una y otra vez a la luz de cada época histórica. Quizás sea un buen momento para reinterpretar éste: ¿podemos imaginar una nueva Ariadna que descubre que el monstruo encerrado no es

un ser abominable y lo libera con su hilo? La nueva Ariadna ya no se queda esperando que actúe el héroe. No se limita a colaborar discretamente en un segundo plano. Ella también es protagonista del cambio. Entra en el laberinto del mundo junto con Teseo para transformar la cultura en los tiempos del cambio climático.

La nueva Ariadna es hija del feminismo y de la ecología. Descubre en las criaturas no humanas un parentesco que ha sido negado, contra toda evidencia, durante siglos. La Naturaleza no le produce pavor, sino simpatía. Ya no admira al que mata al «Otro». Quiere liberar al «monstruo». Está decidida a transformar la cultura y alcanzar la justicia social, ambiental y ecológica.

Feminismo y ecologismo son indispensables para el siglo XXI. Este libro es el resultado de mi reflexión de los últimos años sobre sus puntos de contacto. El desarrollo de un diálogo entre ambos es todavía una asignatura pendiente en los países de cultura latina. Aunque el feminismo tiene una historia mucho más larga, se le suele incluir junto con el ecologismo en la categoría de nuevos movimientos sociales, entendiendo por tales los que no sólo demandan un reparto de recursos justo, sino que plantean, además, otra forma de medir la calidad de vida.

Tanto el feminismo como el ecologismo nos permiten desarrollar una mirada distinta sobre la realidad cotidiana, revalorizando aspectos, prácticas y sujetos que habían sido designados como diferentes e inferiores. En esta nueva visión, la toma de conciencia sobre la infravaloración de las prácticas del cuidado, así como la crítica a los estereotipos patriarcales, que han sido generadas por la teoría y la praxis feministas, pueden constituir una aportación de enorme valor para el ecologismo. Al compartir e intercambiar su potencia conceptual y política, feminismo y ecología consiguen iluminar mejor ciertos aspectos de los problemas que cada uno afronta y, de esa manera, ganar en profundidad y eficacia. El feminismo es un movimiento formado por mu-

eres. ¿Y el ecologismo? El activismo de base del movimiento ecologista mundial es mayoritariamente femenino.

Crisis ecológica, economía y estilos de vida están profundamente ligados. Sobre el papel, la agenda política ha incorporado la preocupación por el cambio climático y la protección del medio ambiente. Desde el informe Brundtland de la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo de Naciones Unidas de 1987, se habla de «desarrollo sostenible» para aludir a un modelo de equilibrio entre crecimiento, innovación tecnológica, imperativo ecológico, creación de empleo y protección social. Pero la realidad de las decisiones políticas tomadas queda muy lejos de tales ideales. La irracionalidad del complejo económico-tecnocientífico se hace patente en desastres anunciados como el del derrame de petróleo del golfo de México en 2010 debido a perforaciones en el lecho marino (*offshore*), método conocido por su alto riesgo, o en la incapacidad de poner freno al envenenamiento del campo y de los alimentos con agrotóxicos en todo el mundo.

El fracaso de la cumbre de Copenhague sobre cambio climático y los insuficientes acuerdos de Cancún han sido una triste muestra del triunfo de los intereses económicos particulares a corto plazo sobre la pervivencia de las condiciones de vida del conjunto de los habitantes humanos y no humanos de este planeta. La falta de información y la duda sembrada deliberadamente por los *lobbies* del petróleo impiden una acción más decidida de la ciudadanía para que los gobiernos tomen las medidas urgentes que serían necesarias. Todavía hay quien cree que las anormalmente bajas temperaturas que se han registrado en alguna primavera reciente son una prueba de que no se está produciendo el calentamiento global, sin comprender que éste genera fenómenos extremos, alteraciones cada vez más frecuentes que pueden ser de frío en estaciones cálidas, precipitaciones torrenciales después de largas sequías y un largo etcétera. Sin embargo, actualmente, estamos asistiendo a la desaparición del discurso negacionista que va siendo reemplazado por el

de «la adaptación». Los mismos que negaban que hubiera un cambio climático ahora afirman que es necesario adaptarse a él y se proponen hacer negocio vendiendo a los países pobres los medios tecnológicos para paliar los desastres que se avecinan. A este panorama poco alentador, hay que agregar la colonización del mundo por las transnacionales biotecnológicas, un fenómeno creciente y silencioso cuyo peligro poca gente aún percibe.

El documental del demócrata norteamericano Al Gore, *Una verdad incómoda (An Inconvenient Truth, 2006)*, marca un hito en el reconocimiento internacional de la crisis ecológica y en el afianzamiento y popularización de la propuesta de un capitalismo verde. Desde esta perspectiva, el cuidado del medio ambiente es presentado como promesa y proyecto de mayores ganancias económicas, como fuente de enriquecimiento más moderna y menos destructiva. Con vigor e inteligencia, Al Gore denuncia las maniobras negociacionistas de los anticuados *lobbies* del petróleo. Pero su propuesta parece culminar fundamentalmente en consejos para cambiar lo que ya se tiene por productos más eficientes energéticamente. Más problemática aún es su apuesta entusiasta por el cultivo de «bio»-combustibles, entusiasmo que pertinentemente rebaja en su libro *Nuestra elección (Our Choice, A Plan to Solve the Climate Crisis, 2009)*, al reconocer que se ha demostrado que su proceso de producción contamina tanto como lo que pretenden sustituir.

Actualmente se habla de *Green New Deal*. Se alude así a una renovación del sistema socioeconómico similar a la que en los años treinta del siglo xx, tras la Gran Depresión, realizó Roosevelt, dando paso al Estado del Bienestar en Estados Unidos. Pero no hay unanimidad en cuanto a la magnitud de los cambios que implicaría este pacto. El debate sobre el modelo económico reaparece en torno a los límites del ecosistema. ¿Es compatible la necesidad de crecimiento continuo del capitalismo con un ecosistema Tierra limitado? ¿Hasta dónde podemos crecer y seguir contami-

nando? ¿Es ecológica y socialmente viable el capitalismo con rostro humano? El decrecimiento aparece como la otra gran propuesta paralela de cambio social y económico. La agroecología, con sus técnicas no contaminantes del suelo ni destructoras de la biodiversidad, y las redes del comercio justo son opciones ecológicas y sociales reales. Desde esta perspectiva, el *Green New Deal* implica asumir los límites del ecosistema y la lucha contra la explotación social a través de cierto decrecimiento de los países desarrollados y un crecimiento sostenible medido de los demás.

De acuerdo con las estadísticas, las mujeres somos las primeras perjudicadas por la contaminación medioambiental y las catástrofes «naturales». Así lo reconocía ya la Conferencia de la Mujer de Naciones Unidas celebrada en el año 2000. Sin embargo, por lo general, no se visibiliza la relación entre la estratificación de género y los problemas medioambientales. Aún son escasas las ocasiones en que encontramos su entrelazamiento temático. Por el momento, sólo una minoría siente la necesidad de un contacto entre la perspectiva feminista y la ecológica.

El impulso general hacia la igualdad entre mujeres y hombres que ha tenido lugar en las sociedades occidentales en las últimas décadas ha tenido también su influencia en el movimiento ecologista. En algunas de sus organizaciones, se está replanteando el tratamiento de ciertos temas como el del trabajo doméstico y se cuida el lenguaje y las ilustraciones de su material de información para no incurrir en sexismo. En otros grupos, en cambio, aunque no se reconozca abiertamente, existe desconfianza y poca disposición a reflexionar críticamente sobre los roles de género como factores de desigualdad. He podido observar que el feminismo encuentra en los medios ecologistas dificultades de aceptación similares a las que suscita en el conjunto de la sociedad. Muchas veces, ecologistas de ambos sexos, muy bien intencionados, no perciben los estereotipos masculinos y femeninos que venimos criti-

cando desde hace tantos años en la teoría y la práctica feministas.

En todo el mundo, son muy numerosas las mujeres que participan como activistas en los grupos ecologistas y en los partidos verdes. Pero la conocida pirámide de género de empresas e instituciones —con la base feminizada y la cúspide ocupada por varones— también se reproduce en muchos grupos ecologistas. A menudo, la militancia de base está mayoritariamente compuesta por mujeres y, sin embargo, predominan los hombres como dirigentes.

He llegado a sentir vergüenza ajena viendo algunos documentales de concienciación ambiental que presentaban una sucesión ininterrumpida de expertos y pensadores, todos varones. Como en tantas otras ocasiones y temas, el nuevo campo del pensamiento ambiental se masculiniza en la medida en que va adquiriendo importancia. Desde una profunda simpatía por el ecologismo, tenemos que ser conscientes de este problema y señalarlo. La solidaridad que nos inspire una determinada causa no debe impedirnos practicar la honesta crítica feminista. Más aún si tenemos presente que el feminismo ha sido una de las señas de identidad del ecologismo. Los partidos Verdes fueron pioneros en la aplicación de la paridad.

A su vez, mirando desde el otro lado, puede decirse que en el feminismo se detecta bastante indiferencia con respecto a los problemas acuciantes que la ecología y el ecologismo nos están señalando. Pareciera que, salvo raras excepciones, en el mundo latino, feminismo y ecología no tuvieran mucho que decirse. Sin embargo, pueden encontrarse elementos de mutua impregnación. El ecofeminismo comienza a despertar interés en cierto número de ecologistas y de feministas. Se han realizado proyectos de investigación, se han traducido obras ecofeministas y se redactan tesis doctorales con esta temática.

El cuidado del medio ambiente es exigido por los llamados Derechos Humanos de Tercera Generación. Es un de-

recho de todos. Pero cuando atendemos a la cuestión de la salud de las mujeres, nos enfrentamos con problemas específicos. Desgraciadamente, las mujeres no sólo pertenecemos a un colectivo afectado en todo el mundo por una desigualdad de orden social y político que se manifiesta en el techo de cristal, las diferencias salariales, la escasa representación femenina en puestos de decisión y la violencia de género, sino que también nos vemos más afectadas por la contaminación medioambiental debido a características orgánicas que nos hacen particularmente vulnerables a ella. Las sustancias tóxicas se fijan más en el organismo de las mujeres. Con una alimentación que no provenga de la producción ecológica, se puede llegar a consumir hasta cincuenta variedades de pesticidas por día. La Red Medioambiental de Mujeres, con sede en Londres, ha llamado la atención sobre la pasividad institucional ante el alarmante aumento del cáncer de mama en los últimos cincuenta años debido, principalmente, a la contaminación medioambiental con xenoestrógenos, sustancias químicamente similares al estrógeno femenino natural que se encuentran en los pesticidas organoclorados, las dioxinas de las incineradoras, las resinas sintéticas, las pinturas, los productos de limpieza, los envoltorios de plástico y otros objetos de uso cotidiano. Las mujeres deberíamos reclamar políticas medioambientales que nos tengan en cuenta.

Los productos químicos han mejorado nuestras vidas en muchos aspectos. Pensemos en los dolores, enfermedades, plagas, molestias de todo tipo que hoy en día resolvemos con sustancias de laboratorio. Estas sustancias también colman muchos deseos naturales. No es mi intención demonizarlas. Alcanzar una imagen positiva pero no idealizada de la Naturaleza implica ser conscientes de incomodidades, peligros y problemas que la ciencia y la técnica han ayudado a superar.

La cara amable del desarrollo moderno tiene también una cruz que no se puede ignorar. Vivimos en una «sociedad

química» de rostro jánico. Poco a poco se filtran datos inquietantes sobre los compuestos nocivos de la industria petroquímica que están presentes en nuestro hogar, en los rincones aparentemente más inofensivos y seguros de la cocina, el baño, los dormitorios, los suelos, en la ropa, en nuestro plato. No en vano Greenpeace ha dado a uno de sus informes el significativo nombre de *La casa química*. Los enormes intereses económicos en juego dificultan la eliminación de productos perjudiciales y su reemplazo por soluciones que, muchas veces, son más sencillas y menos costosas. Hay que reducir al mínimo posible lo que llamo «daños colaterales» de este desarrollo tecnológico; y hacerlo rápidamente. Hoy sabemos que las mujeres se ven afectadas en una proporción más elevada que los hombres por el síndrome de hipersensibilidad química múltiple (SHQM) que la mayoría de los médicos todavía atribuyen a trastornos psicósomáticos o diagnostican como alergia provocada por un animal doméstico. Por cierto, a menudo, éste termina en la calle, en la perrera municipal o, con suerte, en una protectora atendida por mujeres compasivas, desbordadas de trabajo y sin recursos. Se acusa a la Naturaleza que tiene la poca higiénica costumbre de producir polen y pelos o se minimiza el problema de la afectada en la larga tradición de la «histeria» femenina. De hecho, «somatización» es el concepto que ha reemplazado a «histeria» en la psiquiatría. Es difícil que se sospeche de ambientadores tóxicos, de pinturas venenosas o de las toneladas de pesticidas y herbicidas arrojadas a las tierras cultivadas, a los parques públicos y a los jardines privados. En definitiva, no suele ponerse en duda el modelo de buena y «limpia» vida del industrialismo insostenible.

La crítica ecofeminista también nos ayuda a cuidar nuestros cuerpos frente a una confianza excesiva en el desarrollo de la tecnociencia que lleva a muchas mujeres a someterse de forma creciente a mandatos sociales colonizadores y agresivos sin preguntarse por los riesgos que entrañan

para la salud. Valgan como ejemplo las píldoras para la supresión de la regla, la cirugía estética de senos en la adolescencia, los duros tratamientos de reproducción asistida y las terapias hormonales sustitutorias para la menopausia.

En el Tercer Mundo, gracias a las denuncias de la pensadora y líder ecofeminista Vandana Shiva y de otras activistas del Sur, sabemos hasta qué punto se han deteriorado las condiciones de vida de las mujeres pobres por el «mal desarrollo», un desarrollo occidental que llega de manera tan arrolladora que acaba con el cultivo de las huertas de subsistencia familiar, arrasa los bosques comunales, las obliga a caminar kilómetros para buscar la leña que antes encontraban junto a su aldea y las enferma con nuevas dolencias provocadas por la contaminación. Antes tenían una vida pobre; ahora su vida es mísera. El «mal desarrollo» tiene muchas caras: la riqueza insultante, la multiplicación de distracciones basadas en la tecnología, una sutil confusión informativa promovida por intereses transnacionales, la miseria de las grandes urbes creciendo sin cesar al ritmo de la destrucción rural, la aniquilación de los animales silvestres y la apropiación y destrucción de su hábitat. Una de las caras siniestras del «mal desarrollo» es la deslocalización de las poblaciones rurales, arrojadas a las chabolas de las grandes metrópolis del Sur. La desaparición de la biodiversidad está acompañada de la pérdida de la soberanía alimentaria propia de los agrosistemas locales y de la desaparición de la diversidad cultural de los pueblos del mundo. El poder de las grandes multinacionales de pesticidas, abonos y semillas transgénicas está acabando con la autonomía campesina y generando hambre donde nunca la había habido.

Las mujeres no somos solamente víctimas. También somos sujetos activos en el cuidado medioambiental y en la construcción de una nueva cultura con respecto a la Naturaleza. Desde mi posición teórica, que llamo *ecofeminismo crítico* en referencia a los orígenes ilustrados del pensa-

miento emancipatorio moderno y a su necesaria revisión, no considero que las mujeres sean los únicos o los principales agentes capaces de una actuación medioambiental positiva, pero sí que la crítica feminista tiene mucho que aportar a una cultura ecológica de la igualdad. Se trata de un ecofeminismo que habla a todas las personas urbanas o rurales, que sienten, de una manera u otra según sus propias experiencias, que algo debería cambiar en nuestra relación con la Naturaleza, sea ésta nuestro propio cuerpo censurado y controlado, los animales torturados por diversión, los que nunca verán el sol en los criaderos industriales, los bosques originarios talados, los campos envenenados, los mares contaminados...

Es hora de ecofeminismo para que otro mundo sea posible, un mundo que no esté basado en la explotación y la opresión. Esta sociedad del futuro se vislumbra ya en la lucha contra todas las dominaciones, las antiguas y las nuevas, las de los antiguos patriarcados de coerción y las del patriarcado de consentimiento que impone sus mandatos en la desmesura neoliberal. Transformar el modelo androcéntrico de desarrollo, conquista y explotación destructivos implica tanto asumir una mirada empática sobre la Naturaleza como un análisis crítico de las relaciones de poder.

¿Habla de Naturaleza o de medio ambiente? Como suele suceder, la elección de términos no es inocente. Las éticas antropocéntricas extremas preferirán referirse únicamente al «medio ambiente». Puesto que sólo atienden a los seres humanos existentes actualmente o a los del futuro con los que nos ligaría una ecojusticia intergeneracional, la Naturaleza queda reducida a «medio ambiente», un escenario en el que el Hombre puede continuar realizando sus proezas, a condición de que economice los recursos no renovables. En cambio, las éticas ecológicas que reconocen un valor inherente a otros seres, además de los humanos, o al ecosistema en su conjunto, suelen preferir el concepto de Naturaleza, más rico en connotaciones filosóficas, literarias, artísticas y

emocionales, y más apto para convertirse en algo digno de respeto.

Aunque en ocasiones utilicemos el término «medio ambiente», hemos de recordar que la Naturaleza no debe ser reducida a un simple escenario de las actividades de nuestra especie. Hemos de pensar en la continuidad del mundo natural y en la cercanía de los otros seres vivos, en nuestro parentesco y similitud. Para ello, es necesario favorecer el desarrollo conjunto de la razón y la emoción y abandonar lo que el ecofeminismo ha llamado «lógica del dominio». Razón y emoción tienen que estar conectadas para que los humanos seamos seres equilibrados capaces de alcanzar una calidad de vida que no pase por la multiplicación *ad infinitum* de los objetos materiales, sino por la mejora de las relaciones interpersonales en la igualdad, por disponer de más tiempo libre y ser capaces de usarlo de maneras no alienadas. A esta altura de la Historia, la universalización de virtudes y actitudes tradicionalmente femeninas es posible e indispensable. Podemos contribuir a que sea una realidad. El feminismo nos enseñó a pensar como político lo que nos parecía natural. Ésta es la característica más notable del feminismo que nació en el último tercio del siglo xx: analizar la cotidianidad en sus relaciones de poder y plantear alternativas.

Mi propuesta ecofeminista parte de la reivindicación de la igualdad y de la crítica a la discriminación de las mujeres. Pero practica también una hermenéutica de la sospecha para descubrir esa tonalidad insidiosa que ha ido adquiriendo la cultura por el sencillo hecho de que las mujeres hemos sido excluidas de su construcción durante siglos. En lo que Celia Amorós ha llamado «la fase del olfato» del feminismo, se descubre el sesgo de género de la universalidad patriarcal. Si hemos estado ausentes de la cultura oficial, no es extraño que ésta conserve el rastro de los que eran sus únicos agentes autorizados. En el ecofeminismo, se hace una redefinición de actividades y actitudes que han caracterizado y caracterizan aún a gran parte de las mujeres. Se realiza desde

la convicción de que es indispensable para alcanzar una cultura ecológica. En este nivel de la reflexión, ya no se trata sólo de cuidar del medio ambiente para proteger la salud de las mujeres. Se trata de preguntarnos si nuestra mirada sobre la Naturaleza tiene género. ¿Existen conexiones entre la instrumentalización extrema de la Naturaleza y la bipolarización de las identidades de género-sexo? ¿En qué medida la construcción patriarcal de las subjetividades condiciona la capacidad de sentir empatía y respeto hacia el mundo natural? Para avanzar en la conciencia ética de la humanidad, debemos integrar críticamente la visión que ha sido feminizada y desvalorizada.

Un informe reciente realizado por la *Plataforma del Voluntariado de España* señalaba que el perfil predominante del voluntariado es el de una mujer, con estudios superiores y menor de cuarenta y cinco años. Estoy segura de que el voluntariado mundial es también mayoritariamente femenino. Con el surgimiento de las preocupaciones ecológicas, algunos han invitado al tradicional «ángel del hogar» a convertirse en salvador del planeta. Esta solución es inoperante. Pero, además, es «impertinente», como en alguna ocasión ha sugerido Amelia Valcárcel. No se debe pedir a las mujeres que sean las principales cuidadoras del medio ambiente. No sería justo solicitar a quien se halla en situación de desventaja que haga más esfuerzo que quien se encuentra en condición privilegiada. Con respecto al cambio climático, las discusiones teóricas y, más tarde, los debates de política internacional, han incidido en la mayor responsabilidad de los países desarrollados. Se ha dicho que éstos deberían realizar más esfuerzos para reducir la contaminación atmosférica que los países pobres que no se han beneficiado del expolio de la Naturaleza en igual medida ni están en condiciones de realizar ajustes tan drásticos. Una lógica similar podría aplicarse a los colectivos de sexo-género.

El ángel del cuidado de los demás está un poco cansado y querría que sus esfuerzos también ampliaran sus alas y sus

vuelos. Entre los cambios que aceptaría con gusto podría incluirse el acceso a empleos relacionados con la sostenibilidad, como los que se abren con la agricultura ecológica y las nuevas tecnologías ecoeficientes. Se trata de una posibilidad atractiva de empoderamiento de las mujeres si tenemos en cuenta, por ejemplo, que muchas se muestran interesadas por la producción y el consumo ecológicos. Adoptar una perspectiva ecofeminista igualitaria implica que no se puede hacer política ambiental a costa de las mujeres, es decir, favoreciendo los papeles tradicionales. Ir encontrando la buena senda es un ejercicio delicado porque estamos ante una doble exigencia: fomentar la sostenibilidad e innovar en relación con la división sexual del trabajo. El movimiento feminista se muestra todavía muy reticente a pensar una aproximación a la cuestión medioambiental. Uno de los motivos de su actitud es una antigua experiencia de las feministas de haber colaborado, ya desde el siglo XIX, en distintos proyectos emancipatorios y solidarios, como la lucha por la abolición de la esclavitud o diversos procesos revolucionarios, sin que hubiera reciprocidad. Históricamente, todo nuevo proyecto social ha solicitado a los movimientos organizados de mujeres el trabajo activo en la causa de que se tratara pero, de forma sistemática, las reivindicaciones del colectivo femenino se consideraban de segundo orden y quedaban rápidamente olvidadas. Hay que evitar lo que Celia Amorós ha llamado las «alianzas ruinosas» del feminismo. Por eso me parece esencial que existan proyectos medioambientales que no pidan sacrificios a las mujeres, sino que, por el contrario, favorezcan su empoderamiento. La experiencia histórica del feminismo nos enseña que no debemos sacrificarnos por causas que ignoren nuestras vindicaciones como colectivo de sexo.

Son numerosas las mujeres que luchan en Latinoamérica en defensa de unas condiciones dignas de trabajo en un medio ambiente no tóxico. Destacan en el movimiento de Soberanía Alimentaria y participan de los nuevos movi-

mientos indígenas que buscan preservar sus tierras ancestrales escandalosamente destruidas por la minería, la deforestación masiva, la contaminación con agrotóxicos y los megaproyectos comerciales. Actúan en un espacio en el que disentir exige mucha valentía y puede llevar a la muerte. Creo conocer bastante bien el feminismo ibérico y latinoamericano como para afirmar que es un movimiento potente que incrementará su sensibilidad ecológica en los próximos años. Una de las razones que me llevan a pensar en este incremento es su vocación internacionalista. Si queremos que conserve esta vocación, el modelo de desarrollo e igualdad ha de ser universalizable. La ecología aporta al feminismo la conciencia de la insostenibilidad de ciertos modos de vida de las sociedades industriales. Aumentar la sensibilidad ecológica es una de las condiciones de continuidad de la vocación de sororidad internacional feminista.

Finalmente, quiero apuntar que, desde un punto de vista filosófico, el ecofeminismo nos permite comprendernos mejor como especie, así como entender los motivos y las consecuencias negativas de la tajante división entre Naturaleza y Cultura. Por lo tanto, ya no se trata sólo de reivindicar, como oportunamente hacía Simone de Beauvoir en su época, la pertenencia de las mujeres a la Cultura, sino nuestra doble pertenencia a la Naturaleza y a la Cultura, recordando al colectivo masculino que también comparte esa doble pertenencia. Lograríamos así una definición del ser humano un poco más realista, más modesta e igualitaria y más acorde con la crisis ecológica. Una propuesta ecofeminista me parece muy importante en tiempos de anomia tan marcada, de indiferencia, de falta de proyectos históricos, políticos, vitales y sociales.

En este libro expongo los ejes principales de mi posición ecofeminista. Se trata de un planteamiento que no pretende dar respuesta a todos los problemas de la sociedad moderna, tal como aspiraba el ecofeminismo inicial quizás porque pertenecía a una época en que ser realistas era pedir lo imposi-

ble y se veía la playa bajo los adoquines de las calles, como rezaban las pintadas de mayo del 68. Pero tampoco es una reflexión impasible ante un mundo desgarrado por la desigualdad y una Naturaleza que agoniza. Se trata, en todo caso, de un diálogo entre feminismo y ecologismo en la convicción de que es posible y necesario un intercambio fructífero para ambos en la era del cambio climático.

En el primer capítulo, trazo un panorama de los distintos enfoques y principales aportaciones del ecofeminismo desde sus orígenes, en la segunda ola del feminismo, hasta la actualidad. Como podrá observarse, el ecofeminismo es diverso por proceder de distintos contextos vitales y de fuentes de inspiración feminista también variadas: anarquista, radical, socialista, espiritualista, anticolonialista... En todos los casos, se trata de un pensamiento y una praxis comprometidos con la transformación social. Denuncia la alienación consumista y devastadora de la Tierra y busca construir un nuevo modelo de desarrollo humano o buen vivir. Su activismo va desde la resistencia presencial pacífica para detener proyectos peligrosos o destructivos hasta el activismo en el mundo virtual con campañas sobre problemas ecológicos que afectan a las mujeres, informando, creando conciencia y llamando a otras formas de participación.

El segundo capítulo está destinado a comprender el pensamiento de la modernidad occidental como un proceso de luces y sombras en cuyo legado bifronte vivimos. La Modernidad «ha desencantado» la Naturaleza al combatir la idea de que la habitaran los espíritus o tuviera una dignidad sagrada, preparando de esta forma su explotación intensiva capitalista. Pero, como en el caso de la conceptualización sobre las mujeres, su pensamiento no fue monolítico. Hubo quienes comenzaron a interrogarse sobre el tratamiento dado a los demás seres vivos y plantearon que el círculo de nuestra consideración moral tenía que incluirlos. Esta Ilustración olvidada que reclamaba la extensión de la ética más allá de los límites de nuestra especie es uno de los pri-

meros pasos de Occidente hacia la ética ecológica. Las y los representantes de esta corriente minoritaria fueron, a menudo, los mismos que reclamaban la abolición de la esclavitud y la admisión de las mujeres a la ciudadanía plena.

Examino esta convergencia de intereses emancipatorios en el tercer capítulo. El paradigma de igualdad en que se forjaron las democracias modernas ofrecía un nuevo marco para pensar otras demandas de liberación no previstas inicialmente. Enarbolado como ariete contra los privilegios de los nobles, terminaría impregnando la cultura y dando razones filosóficas para criticar otras formas de dominación, desigualdad y explotación. Sin embargo, en una comprensible posición reactiva frente a la tradicional identificación patriarcal de Mujer y Naturaleza, el feminismo se constituirá mayoritariamente como un discurso que no se interesa por las relaciones con el mundo natural no humano, centrándose en la necesaria y legítima reivindicación de que las mujeres sean reconocidas como seres plenamente culturales. El caso de Simone de Beauvoir es significativo al respecto. Observó que la cultura patriarcal condenaba a las mujeres a la inmanencia cíclica del orden natural y reservaba para el varón la historicidad y el acceso al ser como proyecto propio de lo auténticamente humano. Su aportación al feminismo es enorme al reclamar con fundamentos filosóficos sólidos la maternidad como decisión libre de las mujeres. Pero, hoy, su visión de la Naturaleza requiere ser revisada y es lo que hago a la luz de su propia concepción de la ética, según la cual, toda época ha de volver a pensar cuáles son los límites de su responsabilidad y los cometidos que se propone.

Dedico los capítulos cuarto y quinto a la sexualidad vista bajo diversos prismas. Tras la revolución sexual de los años sesenta y ochenta del pasado siglo, numerosos tabúes se han derrumbado en las sociedades occidentales y existe un grado mucho mayor de libertad. Sin embargo, fundamentalismos religiosos de distinto signo están reapareciendo

con fuerza en todo el mundo. Amenazan y recortan cuando les es posible la libertad sexual de las mujeres y de todo aquel que no corresponda a rígidos patrones de heterosexualidad reproductiva. La demonización de la sexualidad y la persistencia del viejo mandato de «creced y multiplicaos y dominad la faz de la Tierra» asumen hoy formas de militancia antiecológica muy combativa. Por otro lado, no podemos dejar de advertir que el nuevo mandato hipersexualizante mueve la maquinaria consumista y poco tiene que ver con el goce epicúreo del cuerpo. Evitando estas dos formas opuestas de opresión, las mujeres hemos de buscar con inteligencia nuestro camino de placer, igualdad y autonomía.

El capítulo sexto parte de las nuevas propuestas de ciudadanía que incluyen la perspectiva ecológica. De diversas formas, según sus diferentes posiciones en la sociedad, las estadísticas nos revelan que las mujeres cumplen más las obligaciones que se suponen propias de la ciudadanía ecológica. Exploro las relaciones entre ecofeminismo y ecologismo social, mostrando que el ecofeminismo, en todas sus corrientes, se ha caracterizado por la preocupación social. Cierro este capítulo con algunas consideraciones sobre aspectos androcéntricos de la educación ambiental que es necesario superar para lograr los objetivos que ésta se propone. Sostengo que visibilizar a las mujeres como protagonistas de alternativas ecológicas y superar el desprecio por las feminizadas actitudes relacionadas con la compasión y el cuidado son dos asignaturas pendientes de la mayor parte de los programas de educación ambiental.

En el capítulo séptimo, en primer lugar, recuerdo el pasado histórico europeo del recurso a la mirada del Otro como estrategia de crítica política y cultural. Me detengo después en el imaginario de la feminidad relacionado con el pensamiento ecologista. Sus figuras pueden resumirse en dos construcciones básicas: la mujer natural y la ecologista Mujer del Tercer Mundo. Ambas son potentes motores de la utopía y del cambio hacia la sostenibilidad. No obstante,

pueden también ser un obstáculo. Poseen un aura romántica pero generan rechazo y temor en las mujeres ante el posible retorno de místicas de la feminidad y comunitarismos patriarcales. Mantengo que, en este mundo globalizado, no es posible ni deseable construir imágenes mitificadas del Otro. Pero sí es necesario escuchar otras voces y entablar un diálogo que, como en una amistad verdadera, pueda incluir críticas y aportaciones de todas. Los movimientos latinoamericanos de mujeres feministas, campesinas y de pueblos originarios están expresando con claridad y fuerza sus reivindicaciones de derechos para las mujeres y sus propuestas ecológicas. Debemos aprender de la interculturalidad que ofrece el amplio espacio latinoamericano. La nueva Constitución del Ecuador es un buen ejemplo de unión del reconocimiento de las demandas de igualdad del feminismo moderno con la propuesta de Derechos de la Naturaleza y la noción de vida buena de origen indígena.

El capítulo octavo está dedicado al tratamiento de los animales en la ética ecofeminista. Comienzo exponiendo algunos significados de género de la relación con los animales en nuestra sociedad actual. Reviso después los debates abiertos en la teoría ecofeminista entre las que adoptan una perspectiva más cercana al animalismo y a los teóricos de la liberación animal y las que, en cambio, están más emparentadas con posiciones ecocéntricas holistas. A continuación, analizo la polémica costumbre de las corridas de toros desde una doble perspectiva: por un lado, su sexismo en tanto exclusión de las mujeres de prácticas y espacios que su mundo considera valiosos; por otro, la hermenéutica de la sospecha que investiga el sesgo androcéntrico de la escenificación del dominio del Hombre sobre otro ser vivo con menos astucia. Por último, sostengo que el amor y el cuidado que numerosas mujeres ofrecen a los animales pueden ser concebidos como una huelga de celo al patriarcado, en tanto desvío del flujo de energía que habitualmente se traspasa desde el colectivo femenino al masculino sin reciprocidad.

Tras explorar distintos aspectos de mi propuesta ecofeminista a lo largo del libro, repaso el conjunto de sus ejes fundamentales en el capítulo final. Se trata de un planteamiento que se enraíza en la tradición ilustrada de análisis de las doctrinas y prácticas opresivas. Reivindica la igualdad y la autonomía de las mujeres, con particular atención al reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos que en algunas formas de ecofeminismo podían ser erosionados en nombre de la santidad de la vida. Acepta los beneficios del conocimiento científico y tecnológico con prudencia y actitud vigilante. Fomenta la universalización de los valores de la ética del cuidado, evitando hacer de las mujeres las «salvadoras del planeta». Propone un aprendizaje intercultural sin menoscabo de los derechos humanos de las mujeres y afirma la unidad y continuidad de la Naturaleza desde el conocimiento evolucionista y el sentimiento de compasión hacia los animales no humanos. Una cultura ecológica de la igualdad no androcéntrica ni exageradamente antropocéntrica debe acompañar el cambio hacia otro mundo posible.